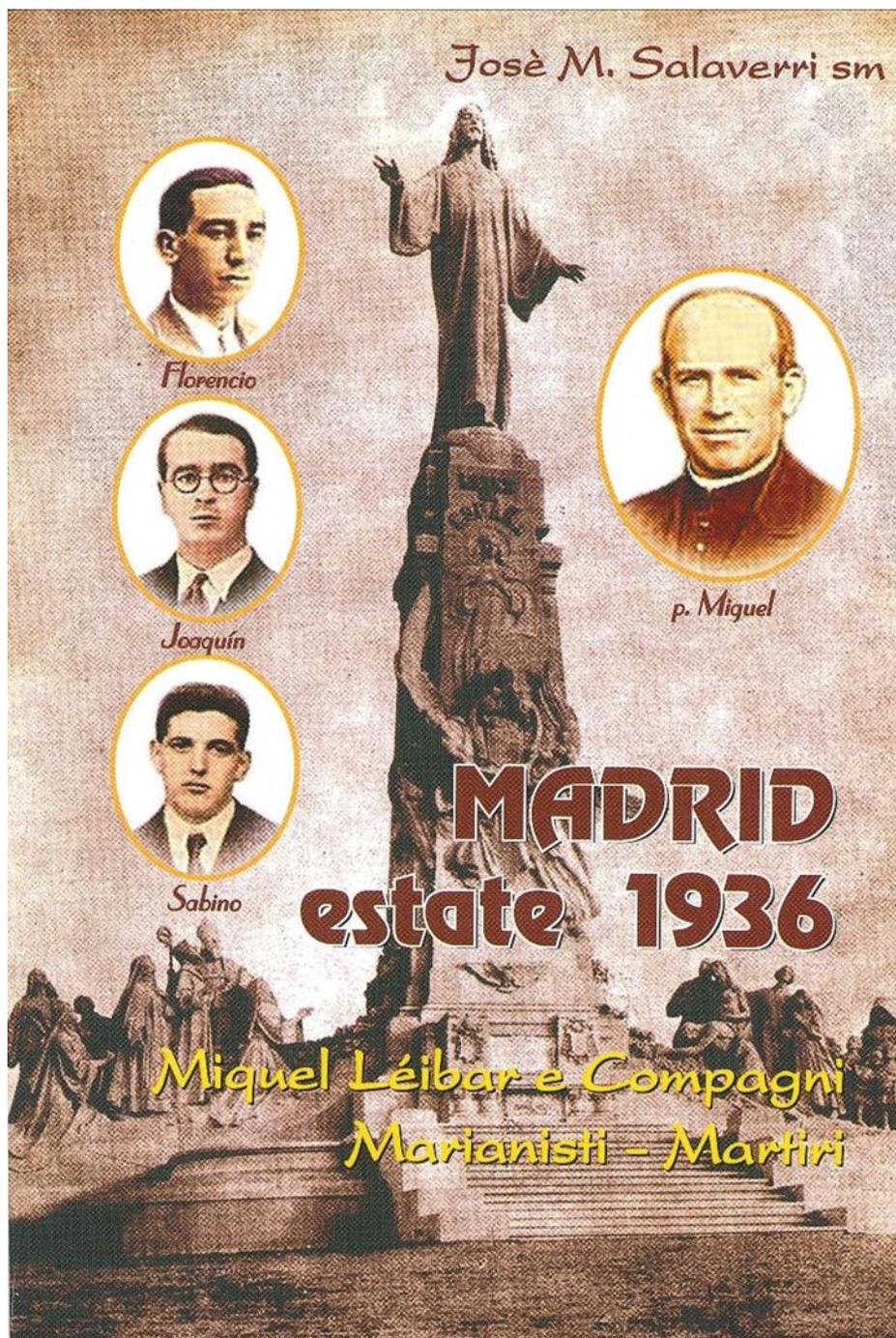


Los mártires y las personas perseguidas

En dos milenios de cristianismo, se calcula que 70 millones de cristianos han sido asesinados por su fe; de ellos, 45 millones y medio (el 65%) en el siglo XX. Son cifras espeluznantes del llamado "siglo breve" (1914-1989) donde más de 200 millones de seres humanos fueron víctimas de la violencia de dos atroces guerras mundiales y de los campos de exterminio surgidos por motivos ideológicos y políticos. Los motivos principales del martirio de cristianos en el pasado siglo fueron las ideologías del odio, los sistemas violentos de pensamiento ateo y los regímenes políticos totalitarios: nacionalistas liberales, comunistas y nazifascistas. La Iglesia del siglo XX ha vuelto a ser una Iglesia martirial, superando en número a los mártires ejecutados durante el imperio romano (en torno a 150.000). Nunca antes como en el siglo XX tantos cristianos han tenido que pagar con la vida la fidelidad a Cristo.

Durante la segunda República española (1931-1939), la persecución religiosa causó no menos de 7000 eclesiásticos asesinados (17'5% de 40.000), en estimación de monseñor Vicente Cárcel Ortí. En Madrid, las milicias anarco-sindicalistas, comunistas y socialistas habrían asesinado unos 426 sacerdotes y seminaristas y 661 religiosos y religiosas (sin contar los fieles laicos de los cuales, hasta ahora, han sido abiertas 104 causas de martirio). Son números que ofrecen un panorama increíble de víctimas de aquella persecución religiosa que pretendió exterminar la Iglesia española en seguimiento a las consignas provenientes de la Unión Soviética.

Entre los mártires españoles, ya canonizados, se enumeran tres marianistas en Ciudad Real: Carlos Eraña, Fidel Fuidio y Jesús Hita; y cuatro en Madrid: padre Miguel Léibar, Joaquín Ochoa, Sabino Ayastuy y Florencio Arnaiz; más otros 8 religiosos cuyas causas no se abrieron en su momento (ahora está en curso la Causa de martirio del marianista don Juan Vergareche).



Al declararse el 17 de julio de 1936 el golpe de estado de una parte del Ejército contra la República, los gobernantes pensaron que todos los militares y fuerzas de seguridad estaban unidos a los golpistas. Entonces, decidieron armar las milicias de las agrupaciones sindicales y partidos políticos de extrema izquierda (anarquistas y comunistas) y de izquierda (socialistas y republicanos). Estos se hicieron con el control de la calle y el Gobierno perdió los ejes de transmisión del poder. Las milicias armadas implantaron el terror y el exterminio de todos cuantos consideraban “fascistas” o “antirrevolucionarios” (jueces, abogados, profesores de universidad, ricos propietarios, terratenientes...); entre ellos, todo el clero (obispos, sacerdotes y religiosos) y files

católicos significados (Acción Católica y otros movimientos cristianos). En la zona republicana toda la población vivió bajo un régimen de terror; bajo la amenaza de ser fusilado por sospechoso de simpatizar con los militares golpistas.

El 24 de julio de 1936 el Colegio del Pilar de Madrid fue incautado por miembros de la Izquierda Republicana y los 18 marianistas que aún permanecían en la comunidad tuvieron que refugiarse en casas de antiguos alumnos, amigos y familiares. El padre Miguel Léibar (51 años) permaneció en el apartamento sede de la Administración Provincial, en una casa de vecinos de la calle Velázquez, 21. Allí establece un oratorio privado y atiende a los fieles de la vecindad. Hasta que el 28 de julio el apartamento fue asaltado por milicianos anarquistas que se llevaron al P. Léibar y a los dos criados y los fusilaron en las afueras de Madrid, carretera de Valencia, km 7.

También en Madrid murieron fusilados los jóvenes marianistas Sabino Ayastuy (24 años), Joaquín Ochoa (26 años) y Florencio Arnaiz (27 años), refugiados en casa de las hermanas Bazán, en la calle Castelló, 40. Al cabo de unas semanas se les juntaron dos dominicos; pero el 13 de septiembre milicianos comunistas irrumpieron en la casa y los condujeron a la prisión-cuartel del partido comunista en la calle San Bernardo, 72. Los retenidos fueron interrogados bajo tortura para hacerles confesar sus actividades antirrevolucionarias y, tras un juicio farsa ante un tribunal revolucionario, fueron condenados a muerte y de madrugada los llevaron a fusilar en la carretera de El Pardo al norte de Madrid.

Tanto el padre Léibar como los tres jóvenes marianistas fueron delatados por el portero de sus respectivas casas. El gesto de Sabino Ayastuy de despedirse afectuosamente del portero, sabiendo que los había delatado, manifiesta su deseo de perdonar, rasgo típico del martirio cristiano.

La Constitución *Lumen gentium*, n° 42, del Concilio Vaticano II, enseña que el mártir es un imitador de Jesús el Hijo de Dios, quien manifestó su amor entregando su vida por nosotros. Algunos cristianos son llamados a dar este supremo testimonio de amor, ante todo ante los perseguidores. El mártir es un discípulo que se asemeja al Maestro, que aceptó libremente la muerte por la salvación del mundo, y se conforma a él por la efusión de su sangre. Este es un don eximio, concedido a pocos, y sin embargo todos debemos estar preparados para confesar a Cristo delante de los hombres y a seguirle por el camino de la cruz.

Bibliografía

José María Salaverri, *Madrid, verano 1936. Miguel Léibar y compañeros marianista-mártires*, Madrid, ed. PPC, 2007 (traducciones en italiano y francés).

Robert D. Wood, *Four Marianist Martyrs. Madrid, 1936*, San Antonio-Texas, Pecan Grove Press, 2007.

Vicente Cárcel Ortí, *La persecución religiosa en España durante la segunda República (1931.1939)*, Madrid, ed. Rialp, 1990.